

*Contemplativos en la acción*  
**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

**TEMA 2. LA MAYOR GLORIA DE DIOS (AMDG)** 2.1. *Ad maiorem Dei gloriam*: la Compañía de Jesús y sus Constituciones  
2.2. Amor a Jesucristo y confianza en Dios 2.3. Amistad en Cristo: amigos en el Señor 2.4. Amor a la Iglesia: “sentire cum Ecclesia”  
2.5. Perfección y abnegación de sí mismo 2.6. Obediencia 2.7. Pobreza 2.8. Apostolado 2.9. Sois Ignacio General

**2.1. *Ad maiorem Dei gloriam*: La Compañía de Jesús y sus Constituciones**

La búsqueda de la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas fue lo que convirtió e impulsó toda la vida y misión de san Ignacio. Ese es el fin de la Compañía de Jesús y lo que vertebra sus Constituciones. La preposición latina *ad* (a o hacia) indica dirección, habla de finalidad que anima e impulsa todo el movimiento del sujeto o cuerpo hacia un fin, como su razón de ser: aquí hacia la mayor gloria de Dios. La gloria de Dios es un atributo del ser divino. Puede decirse que, en sentido objetivo, hablar de gloria de Dios es tanto como referirse a Dios mismo. Es evidente que no puede ser este sentido el empleado por Ignacio porque, en sí misma, no cabe gloria de Dios que pueda ser mayor. Por eso fue más bien la contemplación de esa gloria divina la que provocó en san Ignacio la respuesta de adoración y servicio. Y aquí sí que ya es posible el uso del adverbio más (*magis*) y de los comparativos *mayor* y *mejor*. Con ello, el de Loyola se propuso buscar la respuesta más generosa y los medios más aptos y mejores para ese servicio. San Ignacio no se conformaba con menos cuando podía y debía darlo todo, buscar el mayor servicio, ofrecer la mayor gloria. En la espiritualidad ignaciana, la gloria de Dios y la salvación de las almas están estrechamente vinculadas hasta el extremo de quedar identificadas. La mejor gloria que se pueda dar a Dios es la salvación de su criatura, “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2, 4). Dios es un Dios de vivos que busca y ama la vida, que quiere la vida del hombre, pero esta vida, en lenguaje de san Ireneo, sólo será plena y auténtica en la visión de Dios. La gloria de Dios es la salvación de las almas, su vida eterna. En esa empresa hermosa de salvación, el ejercitante, una vez que responde a la llamada del Rey Eterno, a sus ansias redentoras, comienza a militar bajo su bandera y entra en su compañía. La salvación de las almas se convierte entonces en el fin de la *mínima* Compañía de Jesús. No se podría entender ésta ni sus Constituciones sin este fin.

Se ha dicho que las Constituciones son el cuerpo de la Compañía, en tanto que los Ejercicios serían su alma. En realidad, Constituciones y Ejercicios se complementan mutuamente. Dice el padre Iparraguirre que: “Los *Ejercicios* son la medula íntima, el núcleo sustancial del espíritu del Santo. En las *Constituciones* vive el mismo espíritu, pero con cuerpo concreto al que da vigor y energía. Los *Ejercicios* necesitan de las *Constituciones* como el alma del cuerpo, del órgano en que pueda desenvolverse la materia y realizar sus funciones más vitales. Las *Constituciones* necesitan de los *Ejercicios* como el fruto de la semilla. Lo dijo ya el P. La Palma con frase certera: «Las *Constituciones* se trasladaron del espíritu que Dios N. Señor escribió en los corazones de nuestros primeros Padres, y éste se le comunicó el mismo Señor por medio de los *Ejercicios*». Un breve análisis comparativo de los Ejercicios y las Constituciones nos

**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

ayudará a descubrir ese paralelismo. Por ejemplo, la doctrina del *principio y fundamento* de Ejercicios, es decir, la búsqueda del fin del hombre, la salvación del ánima, mediante la alabanza, reverencia y servicio a Dios, usando de los medios o bienes en tanto en cuanto le ayuden a alcanzarlo, consistiendo en ello la gloria de Dios, es lo que se aprecia en el fin de la Compañía descrito en el número 3 de sus Constituciones,

“El fin desta compañía es no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la mesma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los próximos”

así como, por poner sólo unos pocos ejemplos de ello, en una serie de innumerables afirmaciones del estilo de: “mirando siempre al mayor servicio divino” (n. 8); “entrarán en la Compañía (...) para mayor gloria divina” (n. 14); “tanto sean más stables y firmes en el servicio divino y vocación primera, para gloria y honor de su divina Majestad” (n. 18); “mayor servicio y gloria de su Criador y Señor” (n. 30); “pueda proceder en mayor servicio y gloria de la divina Majestad” (n. 51); “mucho le conviene para mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor, y para mejor salvar y perfeccionar su ánima, ayudando a las otras de sus próximos” (n. 52); “ser más perfecto y a mayor gloria de Cristo nuestro Señor” (n. 55); “más conveniente y servicio mayor de Dios nuestro Señor” (n. 59); “para mejor servir a la su divina Bondad” (n. 79); “para vivir y morir en ella a mayor gloria divina” (n. 126); “lo que conviene para mayor servicio de Dios nuestro Señor” (n. 138); “teniendo ante los ojos la mayor gloria divina” (n. 222); “el mayor provecho espiritual de las ánimas y gloria de Dios Nuestro Señor” (n. 258); lo que “pareciere más conveniente a gloria divina” (n. 323); “ayudar las ánimas suyas y de sus próximos a conseguir el último fin para que fueron criadas” (n. 307); “se debe mirar y proveer como se pudiere a mayor gloria divina” (n. 579); “porque sea Dios Nuestro Señor más servido y glorificado en todas las cosas” (n. 824); o “el fin que pretende de la gloria y servicio de su Divina Magestad” (n. 825). Por su parte, la ordenación de los afectos del corazón presente en el n. 21 de Ejercicios también se deja sentir en las Constituciones cuando se pide al jesuita “puramente el servir y complacer a la Divina Majestad (...) buscar en todas cosas a Dios Nuestro Señor, apartando cuanto es posible de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas”, de ahí que “su mayor y más intenso oficio debe ser buscar en el Señor su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles” (n. 103). Un ejemplo más. La tercera manera de humildad que surge de la contemplación del Rey eterno encuentra su reflejo en las Constituciones. Aquí se nos dice que los de la Compañía deben desear “pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasión alguna dello), por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesu Cristo” (n. 101), de suerte que “para mayor baxeza y humildad propia, le será demandado si se hallará contento que todos errores y faltas, y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas a sus Mayores por cualquier persona que fuera de Confesión las supiere” (n. 63), y, rindiendo la propia voluntad, “reconociendo al Superior, cualquiera que sea, en lugar de Cristo Nuestro Señor (...), aunque se manden cosas difíciles y según la sensualidad repugnantes (...), conformando totalmente el querer y sentir suyo con lo que el Superior quiere y siente en todas cosas”

**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

(n. 284). Pero es que, más aún, el fin pretendido tanto por los Ejercicios como por las Constituciones es el mismo: el amor, el amor a Dios y el amor ordenado de las criaturas en Dios. Por eso las Constituciones dicen que la ley interna por la que debe regirse la Compañía es la de la caridad: "...y de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Spiritu Sancto escribe y imprime en los corazones ha de ayudar para ello" (n. 134). Se pide que todos actúen y se ejerciten en la caridad: "con mayor caridad ayudan y sirven a todos por amor de la su Divina Majestad" (n. 13), "descubriendo el uno al otro con debido amor y caridad" (n. 63), o "haciendo todas cosas por su debido amor y reverencia" (nn. 111 y 118), a través de un uso ordenado de las criaturas que lleven a amar a Dios, movidos por amor más que por temor, según el principio "en todo amar y servir" propio de la *contemplación para alcanzar amor* de Ejercicios:

"Todos se esfuercen de tener la intención recta no solamente acerca del estado de su vida, pero aun de todas cosas particulares, siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina Bondad por Sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni esperanza de premios, aunque desto deben también ayudarse; y sean exhortados a menudo a buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor, apartando quanto es posible de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador dellas, a Él en todas amando y a todas en él conforme a la su santísima y divina voluntad" (Constituciones n. 288).

Observando así los Ejercicios y las Constituciones debe concluirse en una clara *identidad de fondo y de espíritu*, pero también, como se ha señalado con acierto, puede verse en ellos una "diversidad en su función y forma". Según el P. Iparraguirre: "Los *Ejercicios* pretenden la renovación espiritual del individuo; las *Constituciones* tienen un fin estrictamente social. En los *Ejercicios* se da un método para un tiempo determinado, se va directamente al alma, se establecen las relaciones entre Dios y la persona; en las *Constituciones* se pretende legislar para toda la vida, regular las acciones no sólo internas, sino también las que se dan con los superiores, iguales e inferiores; establecer, en una palabra, un ligamen jurídico y dar normas prácticas de acción". Más aún, si los Ejercicios responden a una extraordinaria experiencia de la gracia, la elaboración de las Constituciones supone otro momento en el que san Ignacio debió poner forma jurídica a lo que de los Ejercicios había surgido, algo que exigió tiempo y deliberación, diversos esquemas y consultas.

Los primeros "estatutos" de la Compañía fueron la "Formula del Instituto". Se trata de un escrito al que se llegó tras las deliberaciones habidas en la Cuaresma de 1539. El texto fue presentado y aprobado por el Papa Paulo III, primero de forma oral y luego formalmente a través de la Bula *Regimini militantis Ecclesiae* del 27 de septiembre de 1540. Muchos estudiosos han sabido identificar en esa *Fórmula* un núcleo o germen sustancial de la Compañía presente en los meses de Manresa, una realidad entonces embrionaria que, todo lo vaga y confusa que se quiera, le fue dada al santo en la ilustración del Cardoner. Siendo un tema discutido, no puede decirse que san Ignacio saliera de Manresa ni con las Constituciones debajo del brazo, ni con una forma

**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

muy definida de ellas, ni tan siquiera con una idea muy clara de lo que Dios iba a hacer con él. El peregrino sólo deseaba llegar a Tierra Santa, aunque, con el parecer de muchos, sí puede decirse que en su corazón ya había prendido el deseo de un grupo de hombres enamorados de Jesucristo, dispuestos a trabajar con Él en la salvación de las almas y a morir por Él. Por supuesto, claro está, ése es el espíritu de la Compañía pero de ahí inferir ya en germen las Constituciones, como una fórmula orgánica en ese momento, puede parecer demasiado. Otra cosa es que esas ilustraciones de Manresa dejaran a Ignacio profundamente afectado de modo que no se pudiera desprender ya de ellas y estuvieran presentes, como no, en las deliberaciones de 1539.

Recordemos que los primeros jesuitas, una vez que no consiguieron embarcar en Venecia para ir a Tierra Santa y fieles al compromiso de Montmatre, resolvieron ir a Roma para ofrecerse al Vicario de Cristo. Sin embargo, lo que no querían era perder la unión que se había establecido entre ellos y por eso sometieron a deliberación la forma de vida que habrían de llevar a partir de entonces. Eso tuvo lugar en la primavera de 1539 en Roma y el resultado fueron dos documentos trascendentales para la historia de la Compañía: *Deliberación y Conclusiones de siete compañeros*. Pronto se vio que para ese fin de perpetuar establemente el consorcio creado se hacía necesaria una cabeza entre ellos a la que el resto obedeciera. Así surgió la necesidad del voto de obediencia al que se llegó, no sin discusión, por unanimidad. Otros temas que surgieron fueron las mismas cuestiones que venían ocupando su tiempo o que habían reflexionado o decidido sobre ellas, fuera el voto especial al Papa, la supresión del coro y de las penitencias comunes, o la enseñanza del catecismo, y de otras tantas que surgirían con esa decisión de constituir un instituto como sería lo relativo al noviciado o el nombramiento de un superior general a perpetuidad. Así surgió esa *Fórmula* inicial del Instituto que san Ignacio compuso en cinco puntos y que fue presentada a Paulo III para su aprobación. En el texto aparecen ya como “Compañía de Jesús”. Parece que la cuestión del nombre surgió en 1537. Al no encontrar entonces más cabeza del grupo que Jesucristo resolvieron que lo más propio sería ser Compañía de Jesús, algo que le fue confirmado a Ignacio en la visión de La Storta de ese año. Sea como fuere, el tiempo de presentación de la *Fórmula* no parecía ser el más propicio cuando, ante el lamentable estado de la vida religiosa, diversas voces sugerían al Papa la reducción de las órdenes existentes a benedictinos, cistercienses, dominicos y franciscanos. Aunque costó su aprobación, finalmente se obtuvo. Así quedó abierto el camino de las Constituciones. Los primeros apuntes de éstas se remontan a 1541 y fue un trabajo personal del fundador. San Ignacio se dedicó a esta delicada tarea de redacción fundamentalmente entre 1547 y 1550 pero fue perfeccionando el texto durante toda su vida, primero, por muy breve espacio de tiempo, apenas seis meses, con Coduri, y después ya solo. Hasta 1547 san Ignacio fue respondiendo a cuestiones diversas como las relativas a la pobreza o a la ordenación de estudios que se iban iluminando en su interior a modo de piezas que debieran encajar en las Constituciones. Fue entonces, en 1547, cuando el burgalés Juan de Polanco apareció providencialmente en escena como secretario de la Compañía. Con su ayuda, san Ignacio empezaría a encajar las piezas levantando el edificio de las Constituciones. El texto más antiguo debió quedar concluido entre fines de 1549 y

**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

mediados de 1550. San Ignacio convocó a Roma a todos los padres que pudieran acudir para que dieran su opinión. Hacia mayo de 1552 el texto de las Constituciones quedó sustancialmente terminado con diversas aportaciones o correcciones a mano del propio Ignacio. Con todo, el Santo continuó trabajando en ello hasta el final. A la primera Congregación general reunida en 1558, tras la muerte de san Ignacio, se presentó el texto autógrafa, el de las correcciones del Padre Maestro Ignacio, que fue aprobado tras pequeños retoques de redacción. Y en 1594 volvió a someterse a examen el texto de las Constituciones para introducir algunas mejoras. Desde esa fecha no se tocó ya más el texto. La legislación posterior se fue introduciendo en forma de notas.

No es éste el lugar para un estudio pormenorizado de las Constituciones de la Compañía de Jesús pero sí para presentarlas esquemáticamente. El texto cuenta con diez grandes apartados, después de una introducción en la que san Ignacio, bajo el título de *Examen*, sintetiza el espíritu de la Compañía a fin de que el candidato pueda conocer adecuadamente donde quiere entrar y los superiores puedan conocerlo bien. Superado este primer estadio, a modo de atrio, se entra ya en el edificio de las Constituciones para resolver una serie de cuestiones que dibujan la vida de la Compañía desde su origen: primero, condiciones de los candidatos; segundo, expulsión de miembros; tercero, principios de vida espiritual y reglas de ascética ignaciana; cuarto, formación intelectual, apostolado en colegios y universidades; quinto, régimen interno de la Orden; sexto, observancia de los votos, en particular de la obediencia; séptimo, los profesos y especial obediencia a las misiones del Sumo Pontífice, así como reglas de apostolado y relativas a los campos de trabajo de la Compañía; octavo, unión de los miembros entre sí y con el superior en el amor de Dios Nuestro Señor; noveno, el superior general o prepósito; y finalmente, décimo, Dios como principio y fin. A nosotros, congregantes marianos con espiritualidad ignaciana, nos interesa conocer las Constituciones de la Compañía en aquellos puntos, en particular los capítulos III, VII, VIII y X, que puedan iluminar nuestra vida espiritual, conscientes que muchas de las observaciones que contienen pueden, con las salvedades oportunas, aplicarse también a nosotros. Durante este tema irán apareciendo.

Después de lo dicho hasta aquí, no hay duda que los Ejercicios Espirituales y las Constituciones de la Compañía suponen, con su Diario espiritual así como las cartas e instrucciones que diera, el mejor reflejo del alma grande de san Ignacio de Loyola y del extraordinario legado que nos dejó. Uno de sus grandes estudiosos, el padre de Guibert, supo sintetizar maravillosamente esta herencia con una serie de rasgos del Santo que imprimió en sus hijos: “Servicio por amor, servicio apostólico para la mayor gloria de Dios, con la abnegación de todo amor propio y de todo interés personal, en el seguimiento de Jesucristo, Jefe apasionadamente amado, tal parece ser el fondo esencial del mensaje confiado por Dios a Ignacio en el curso de los favores místicos de que Dios lo colmó” (J. De Guibert, *La espiritualidad de la Compañía de Jesús*, Santander 1955, p. 124). Abramos pues el testamento de Ignacio adentrándonos en sus líneas de fuerza para concluir con el retrato de lo que el Santo quiso ser, y fue, como Prepósito General de la Compañía de Jesús.

## **2.2. Amor apasionado a Jesucristo y total confianza en Dios**

Todo comenzó en san Ignacio, como –por otra parte- en los Apóstoles, al igual que en todos los santos de todos los tiempos, del mismo modo que en todos nosotros, con un encuentro. Como siempre, Cristo tomó la iniciativa y fue Él quien le salió al encuentro en Loyola e Ignacio se dejó seducir por Él. El trato gustoso (*gusto interno*, pues “no el mucho saber harta y satisface el ánima”, Ejercicios n. 2) con Jesucristo, Sabiduría encarnada, le hizo avanzar en un mayor y más perfecto conocimiento de él. Y el conocimiento interno del Señor le llevó al amor, un amor que, ajeno a cualquier suerte de intimismo, puso siempre en el servicio, en las obras: *conocimiento interno del Señor Cristo, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga* (Ejercicios n. 104). Un amor que le impulsó desde el inicio a seguir conociendo al Hijo eterno. Una vez llorados sus pecados, el peregrino quedó asociado para siempre a Cristo. De Él escuchó su llamamiento (“quien quisiera venir conmigo”, Ejercicios n. 95), en Él encontró el camino (“Yo soy el camino, la verdad y la vida”, Jn 14, 6) que le llevó al Padre, y con Él luchó y militó en su cuerpo que es la Iglesia. El corazón apasionado y recio de san Ignacio amó con fortaleza, con “determinación deliberada” (Ejercicios n. 98), y con una ternura admirable que se deshacía en lágrimas a Jesucristo, su Dios y Señor, como buena cuenta de ello nos da su Diario espiritual. San Ignacio vio al Padre en el Hijo, accedió a la Trinidad a través del Hijo. Las palabras que Jesús dirigiera a Felipe (“quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre”, Jn 14, 9) fue la experiencia de Ignacio. La suya fue entonces un alma profundamente trinitaria centrada en Cristo.

Pero ¿quién fue Cristo para Ignacio? Además de las diversas visiones que el Santo pudiera tener de Jesucristo en Loyola, Manresa, Jerusalén, Vicenza, o en Roma (*Autobiografía* nn. 10, 29, 48, 95, 96, 99, 100; *Diario*, n. 74), Cristo presentaba al Padre, como mediador e intercesor, las oraciones de san Ignacio (*Diario*, nn. 23-25; 77), el Padre le puso con Jesús en La Storta (*Autobiografía*, n. 96) y en Jesucristo se terminaba su devoción (*Diario*, n. 86). Jesús fue el principal motivo para la pobreza de Ignacio (*Deliberación sobre la pobreza*, año 1544) y camino y guía segura para no perderse (*Diario*, nn. 101 y 113). Por otra parte, san Ignacio siguió la bandera de Cristo en la profesión (*Deliberación sobre la pobreza*) y contempló a Jesucristo al pie de la Santísima Trinidad (*Diario*, n. 88). Ignacio puso el nombre de Jesús a la Compañía (*Constituciones* nn. 1 y 51) y sólo en Jesús su esperanza (*Constituciones*, n. 812). A Cristo se dirigió san Ignacio como: Verbo eterno encarnado (*Ejercicios*, nn. 109, 130); hijo de la Virgen, nuestro Criador y Señor (*Deliberación sobre la pobreza; Carta a los padres y hermanos de Portugal*, Roma 26 de marzo de 1553); Rey eterno y Señor universal (*Ejercicios*, n. 97); *sumo y verdadero capitán* (*Ejercicios*, nn. 136, 138-139); cabeza y esposo de la Iglesia (*Carta al Negus Claudio de Etiopía*, Roma 23 de febrero de 1555); cabeza y caudillo de la Compañía (*Diario*, n. 66); nuestro Sumo Pontífice (*Ejercicios*, n. 344); maestro y verdadero ejemplar de pobreza espiritual (*Carta a los padres y hermanos de Padua*, Roma 7 de agosto de 1547); precio de nuestra salud en la cruz (*Carta a los hermanos estudiantes de Coimbra*, Roma 7 de mayo de 1547; *Carta a Francisco Jiménez de Miranda, Abad de Salas*, Roma 11 de julio de 1555); salud

**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

nuestra (*Carta a Francisco Javier*, Roma 31 de enero de 1552; *Carta al Sr Jerónimo Vignes*, Roma 17 noviembre de 1555); camino de la paz (*Carta a Pedro Contarini*, Vicenza agosto 1537); en quien no hay engaño, que ni puede engañarse ni nos puede engañar (*Carta a los padres y hermanos de Portugal*, Roma 26 de marzo de 1553); la vía más segura y derecha hacia Dios (*Carta a Francisco de Borja*, Roma fines de 1545); que nos ha de juzgar (*Carta a los Señores de Loyola*, Roma 2 de febrero de 1539; *Carta a Francisco Jiménez de Miranda*, Abad de Salas, Roma 11 de julio de 1555), como Juez que es (*Carta a Martín García de Oñaz*, París junio de 1532); de tan grande poder, sabiduría y bondad (*Carta a Pedro Contarini*, Vicenza agosto 1537); suma gracia y amor eterno (*Carta a Magdalena Angélica Doménech*, Roma 12 de enero de 1554). Por último, san Ignacio dijo de Cristo que: de Criador había venido a morir por mis pecados (*Ejercicios*, n. 53); mostraba la vida a través de sus misterios (*Ejercicios*, nn. 91 y 93); trabaja y sufría (*Ejercicios*, n. 116), y fue súbdito a José (*Ejercicios*, nn. 135 y 271); fue maestro y verdadero ejemplar de pobreza (*Carta a los padres y hermanos de Padua*, Roma 7 de agosto de 1547); dirige el sermón a los suyos (*Ejercicios*, n.146); llamó a los Apóstoles (*Ejercicios*, n. 275) y a todos y a cada uno (*Ejercicios*, n. 93); envió discípulos, apóstoles y amigos (*Ejercicios*, n. 145); sufrió afrentas e injurias por nosotros (*Carta a Isabel Roser*, París 10 de noviembre de 1532); precedió con el ejemplo de obediencia (*Carta a los padres y hermanos de Portugal*, Roma 26 de marzo de 1553); se humilló (*Primeras ordenanzas generales de la Compañía*, antes de 1547); caro le costaron nuestras almas (*Carta a los hermanos estudiantes del colegio de Coimbra*, Roma 7 de mayo de 1547); almas bañadas en su sangre y los prójimos miembros de Cristo (*Carta a P. Emerio de Bonis*, Roma 23 de mayo de 1556); se da a sí mismo en la Eucaristía tan grande como en el cielo (*Carta a los habitantes de Azpeitia*, agosto-septiembre de 1540); o su oficio de consolar (*Ejercicios*, n. 224). Y san Ignacio enseñó a sus hijos de la Compañía a tener a Jesucristo en lugar de padres y hermanos (*Constituciones*, nn. 61 y 62), a vestirse de su librea (*Constituciones*, n. 101), a querer que fuera su única recompensa (*Constituciones*, n. 478), a ver en Jesucristo la única esperanza (*Constituciones*, n. 812), a ver a Jesucristo en los superiores (*Carta a los padres y hermanos de Gandía*, Roma 29 de julio de 1547 y *Carta a los padres y hermanos de Portugal*, Roma 26 de marzo de 1553; *Constituciones*, nn. 85, 284, 286, 342, 424, 434, 547, 552, 618-619, 661 y 765), a seguir los consejos de Cristo (*Constituciones*, nn. 50, 53-54, y 254) y buscar su gloria en la vida y en la muerte (*Constituciones*, nn 395, 595 y 602), a unirse a Jesucristo por medio de los votos (*Constituciones*, n. 17), o a poner en Jesucristo su esperanza los moribundos (*Constituciones*, nn. 595 y 596).

En realidad, Cristo fue para Ignacio el rostro visible del amor de Dios. Lo que san Ignacio encontró primero en la encarnación, luego en la vida oculta y pública de Jesús y finalmente en la Cruz, fue la manifestación más grande del amor de un Dios que había tomado carne “por él”, que había vivido oculto “por él” y que murió en acto supremo de amor “por él” (Gal 2, 20). Las tres preguntas ante Cristo crucificado de la primera semana de Ejercicios o la petición de la tercera (“dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Christo

*Contemplativos en la acción*  
**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

passó por mí”, *Ejercicios*, n. 203), la tierna devoción a los santos lugares donde vivió, padeció y murió el Señor, su encuentro en la Storta con el Señor que cargaba la Cruz, además de todo lo anteriormente dicho, nos dan pruebas abundantes de ese amor apasionado de Ignacio a Cristo crucificado. El de Loyola no fue enemigo de la Cruz de Cristo, al contrario supo abrazarse decididamente a su amor crucificado y así pudo encontrarse en la Cruz con Cristo. San Ignacio era muy consciente y vivió en carne propia las tribulaciones y cruces que no faltan en el seguimiento de Cristo. Ellas las vivió como ocasiones propicias para ejercitarse en paciencia, crecer en el conocimiento de sí mismo así como de las miserias de esta vida y levantar los ojos al cielo y al amor de las cosas eternas. En este sentido, de amor a la Cruz y a Cristo crucificado, nos enseña san Ignacio:

“...para servir en todo a su Criador y Señor crucificado” (*Constituciones*, n. 66);

“Dios nuestro Criador y Señor sea bendito; y pues hace la gracia del padecer en su servicio, se digna hacerla de dar tanta paciencia y fortaleza cuanto ve ser necesaria para poder llevar a cuevas tan grave cruz con hacimiento de gracias, reconociendo que con igual caridad y amor envía su divina bondad los trabajos, fatigas y tribulaciones y adversidades con que suele enviar el reposo y contentamiento y alegría y toda prosperidad. El sabe, como sapientísimo médico, y quiere, como piísimo padre, todo lo que más conviene para sanar las enfermedades, ahora sean ocultas, ahora manifiestas de nuestras ánimas; y así provee de ello como más conviene, aunque no como más nos place... Deberíamos sin duda alegrarnos con la participación que Cristo nuestro Señor nos comunica de su cruz...” (*Carta a Miguel de Nóbrega*, Roma, 25 de agosto de 1554)

“Por una de V. Sría. de primero de este mes entendí cumplirse en V. Sría. uno de los efectos que en sus elegidas criaturas pretende con semejantes visitaciones el Criador de ellas que es humillarse en el conocimiento de sí mismas... Consoleme también en el Señor nuestro de ver otro fruto que de los trabajos cogen los siervos de Dios nuestro Señor, que es levantar el amor de las cosas de esta vida con deseos de la eterna...” (*Carta a Juan de Vega, Virrey de Sicilia*, Roma, 31 de mayo de 1550)

“...suele proceder de este modo la providencia de nuestro amantísimo Padre y sapientísimo médico con aquellos que mucho ama. Y cuanto más presto después de la presente vida los quiere conducir a la participación de su felicidad eterna, tanto más le purga con semejantes trabajos en este mundo, en el cual no quiere podamos aquietarnos, ni reposar con el amor nuestro; y así a sus elegidos no solamente suele despegarlos con los deos del cielo, sino también con los fastidios de la tierra... Y si hay alguna vía para evitar los trabajos y aflicciones de mente en este mundo, es el esforzarse por conformar totalmente su voluntad con la de Dios; porque si El poseyese enteramente nuestro corazón, no lo pudiendo perder nosotros sin nuestra voluntad, no podría acaecer cosa que mucho acá afligiese, puesto que toda aflicción nace de haber perdido o temer perder lo que se ama” (*Carta a María Frassona del Gesso*, Roma 20 de enero de 1554)

“Pluguiese a la Madre de Dios, con tal que en vos fuese entera paciencia y constancia, mirando las mayores injurias y afrentas que Cristo N. S. pasó por nosotros, que mayores afrentas os viniesen para que más y más mereciédeses” (*Carta a Isabel Roser*, París, 10 de noviembre de 1532)



**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

Ya hemos visto quién fue Cristo para Ignacio. Nos queda aún algo que decir sobre la respuesta de amor de san Ignacio a Cristo. Bastaría con detenerse brevemente en su biografía y apreciar los frutos de su vida para hallar la solución. Sin duda la reacción más genuina de un alma enérgica como la de Ignacio fue la audacia, el coraje, la absoluta determinación, fiándose de Dios y confiando plenamente en Él una vez puesto en juego todos los medios a su alcance. Esta es la gran lección que nos dejó. Y es que ciertamente Dios colmó al alma de Ignacio de extraordinarios dones naturales y sobrenaturales, pero también fue muy consciente de la necesidad de responder al conjunto de gracias recibidas. Apreció en lo mucho que valían esas gracias o dones sobrenaturales, supo agradecerlos cuando le vinieron, pero no puso en ellos el camino de la perfección, sino en la perfecta abnegación de sí y en el ejercicio de las virtudes sólidas. Aquí entra la respuesta del hombre a fin de acoger y hacer crecer las gracias recibidas. Recordemos por un momento cómo en los Ejercicios nos enseñó Ignacio que la falta de consuelo y la desolación podían surgir por negligencia propia. Y es que, en ocasiones, será la propia persona la que por su desidia y falta de cooperación suficiente a la gracia recibida, no haga posible el desarrollo del don de Dios. Una vez más será necesario el empleo de todo medio natural o humano posible para cumplir lo querido por Dios pero no poniendo en estos medios la confianza sino sólo en Dios que siempre será capaz de obrar, con ellos, al margen de ellos o incluso a pesar de ellos. El amor a Cristo, y en Cristo a Dios uno y trino, le infundía a Ignacio una completa confianza y abandono en Dios. Esa confianza en Dios la experimentó desde los días de su conversión en Loyola y quiso dejarla como principio vital de la Compañía en sus Constituciones:

“Porque la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro; es menester en Él solo poner la speranza de que Él haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas. Y conforme a esta speranza el primero medio y más proporcionado será de las oraciones y Sacrificios que deben hacerse a esta sancta intención, ordenándose para ello cada semana, mes y año en todas partes donde reside la Compañía” (*Constituciones*, n. 812)

“Para la conservación y aumento no solamente del cuerpo, id est, lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu della, y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar las ánimas para que consigan el último y supernatural fin suyo, los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más efficaces que los que le disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y virtud, y specialmente la caridad y pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devoción, y el celo sincero de las ánimas por la gloria del que las crió y redimió, sin otro alguno interesse. Y así parece que a una mano debe procurarse que todos los de la Compañía se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales, y se haga dellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos. Porque aquellos interiores son los que han de dar efficacia a estos exteriores para el fin que se pretende” (*Constituciones*, n. 813)

## Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I

“Sobre este fundamento, los medios naturales que disponen el instrumento de Dios nuestro Señor para con los próximos, ayudarán universalmente para la conservación y aumento de todo este cuerpo, con que se aprendan y ejerciten por solo el divino servicio, no para confiar en ellos, sino para cooperar a la divina gracia, según la orden de la summa Providencia de Dios nuestro Señor, que quiere ser glorificado con lo que Él da como Criador, que es lo natural, y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo sobrenatural” (*Constituciones*, n. 814)

A través de la oración, la frecuencia de sacramentos (singularmente la Santa Misa), el examen de conciencia y los demás ejercicios de piedad, el alma de san Ignacio se fue uniendo más estrechamente a Dios. Con san Pablo, bien sabía san Ignacio de quien se había fiado (2 Tim 1, 12). Y ello a pesar de considerarse todo impedimento a la gracia como dejara escrito en sus cartas:

“De modo que antes que venga la tal gracia y obra del Señor nuestro, ponemos impedimentos, y, después de venida, lo mismo, para en fin de conservarla. Y aunque V. Sría. hable de los tales impedimentos, por más bajarse en el Señor de todos, y por más subir a los que deseamos más bajarnos, diciendo que esta Compañía no impide a los que el Señor quiere obrar en ella, por lo que entiende de Araoz en Portugal, yo para mí me persuado, que antes y después soy todo impedimento; y de esto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor nuestro, por no poder atribuir a mí cosa alguna que buena parezca” (Carta escrita a Francisco de Borja a finales de 1545).

### 2.3. Amistad en Cristo: “amigos en el Señor”

Ya se ha dicho que el amor a Cristo de San Ignacio nunca fue intimista. No fue el suyo un amor sponsal que le alejara de los demás, que le recluyera en una relación interpersonal con Cristo en el que no cupiera otro. Más bien, fue todo lo contrario. La mirada del Rey eterno es una mirada personal que saca al sujeto de sí para, en su Corazón y desde Él, contemplar el mundo. No se le mira al Rey eterno para quedarse en Él, sino para, en Él, con Él y desde Él, responder a su llamada. Si el amor ignaciano es un amor enteramente puesto en el servicio y en las obras, un amor que busca constante e incansablemente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, no es de extrañar que Dios pusiera en su camino otros a los que unir y asociar en esta empresa. Ignacio siempre supo rodearse de amigos en el Señor pero Dios le habría de conceder en París unos amigos con los que, mirando a Cristo y en Él al mundo necesitado de redención, pudiera cumplir la misión que Dios le confiaba. No fueron los suyos encuentros casuales surgidos al azar. Dios unió las vidas de estos hombres haciéndolos amigos en su Hijo. *Amigos en el Señor*, en expresión del propio Ignacio:

“Y porque de mí y de otros hermanos míos y vuestros en Cto. N. S. estéis más al cabo (...) De París llegaron aquí, mediado enero, nueve amigos míos en el Señor...” (*Carta a Mosén Juan de Verdolay*, Venecia, a 24 de julio de 1537).

Y es que siempre hay un punto de elección, de vocación sobrenatural en la amistad en Cristo. Es el Señor quien une y, al unir, envía. Así sucedió en Galilea con los

**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

Doce y así seguirá sucediendo hasta el final de los tiempos. Ni los Doce, ni la Iglesia católica, ni la Compañía de Jesús, ni nuestra Congregación mariana de la Asunción surgieron por iniciativa humana o social, a ninguna de estas realidades se llega o se puede permanecer en ella por puros afectos naturales, como si de un *club* se tratara. Es lo que el Concilio nos enseñó en el n. 8 de *Lumen Gentium* cuando nos presenta a la Iglesia, y en ella de todos nosotros, como una “realidad compleja” compuesta de un elemento divino sobrenatural y otro humano natural. En este sentido, la Compañía de Jesús, como una Congregación mariana, y como la Iglesia misma, surgieron todas ellas de una acción de orden sobrenatural, una vocación. Una vocación con un fin y misión muy precisos: la salvación de las almas. La amistad en Cristo surge de esa llamada y sirve a esa misión.

Al asociar Dios a ese primer grupo de hombres en París los hizo amigos, verdaderamente amigos. Una amistad que el mundo desconoce y que por eso mismo no puede dar. Es cierto que unos tal vez se entendieran mejor con otros, mostraran más afinidad de carácter, mayor sintonía, pero todos, todos sin excepción, eran amigos en el Señor. La amistad en Cristo siempre ha desconocido fronteras o barreras de edad, raza, ideologías o aficiones. Es por ello que las afinidades de carácter o las empatías naturales que pudieron existir las pusieron al servicio de la vocación y misión recibidas, no fueron motivo para alejarse de otros o ir olvidando el origen y fuente de esa amistad. Una amistad que san Ignacio claramente percibía como fruto del amor a Dios, una unión que se hacía “en gran parte con el vínculo de la obediencia” (*Constituciones*, n. 659), cuando en Ignacio obediencia era vida de fe y vida de fe era caridad. En efecto, la mirada humilde y obediente a Dios es lo que habría de evitar toda división (“Quien se viese ser auctor de división de los que viven juntos, entre sí o con su cabeza, se debe apartar con mucha diligencia de la tal congregación como peste que la puede inficionar mucho, si presto no se remedia”, *Constituciones* n. 664) y garantizar la amistad en el Señor de la que se desprenderá el amor a los hermanos, todos los hombres, y el celo apostólico. Y ello sin olvidar que ese celo exigía el cuidado de uno, la atención de los demás y, por lo mismo, también del cuerpo apostólico, de la Compañía. De esa caridad que debía existir siempre en la Compañía nos hablan los nn. 671, 821, 823 y 824 de las *Constituciones*:

“El vínculo principal de entrambas partes para la unión de los miembros entre sí y con la cabeza es el amor de Dios nuestro Señor; porque estando el Superior y los inferiores muy unidos con la su divina y summa Bondad, se unirán muy fácilmente entre sí mismos por el mismo amor que della descenderá y se estenderá a todos próximos y en special al cuerpo de la Compañía. Así que la caridad y en General toda bondad y virtudes con que se proceda conforme al espíritu, ayudarán para la unión de una parte y otra, y por consiguiente todo menosprecio de las cosas temporales, en las cuales suele desordenarse el amor propio, enemigo principal desta unión y bien universal. Puede también ayudar mucho la uniformidad, así en lo interior de doctrina y juicios y voluntades en quanto sea posible [K], como la exterior en el vestir, cerimonias de Misa y lo demás, quanto lo compadecen las qualidades diferentes de las personas y lugares etc” (n. 671).

**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

“Lo que ayuda para la unión de los miembros desta Compañía entre sí y con su cabeza, mucho también ayudará para conservar el buen ser della, como es especialmente el vínculo de las voluntades, que es la caridad y amor de unos con otros, al qual sirve el tener noticia y nuevas unos de otros y mucha comunicación, y usar una mesma doctrina y ser uniformes en todo quanto es possible; y en primer lugar el vínculo de la obediencia, que une los particulares con sus Preósitos, y entre sí los locales, y con los Provinciales, y los unos y los otros con el General; en manera que la subordinación de unos a otros se guarde diligentemente” (n. 821).

“A lo mesmo en general sirve procurar de mantenerse siempre en el amor y caridad de todos, aun fuera de la Compañía [B], en especial de aquellos cuya buena o mala voluntad importa mucho para que se abra o cierre la puerta para el divino servicio y bien de las ánimas; y que no haya ni se sienta en la Compañía parcialidad a una parte ni otra entre los Príncipes o Señores cristianos, antes un amor universal que abrace todas partes (aunque entre sí contrarias) en el Señor nuestro” (n. 823).

“Principalmente se mantenga la benevolencia de la Sede Apostólica, a quien specialmente ha de servir la Compañía; y después, de los Príncipes temporales y personas grandes y de valor, cuyo favor o desfavor hace mucho para que se abra o cierre la puerta del divino servicio y bien de las ánimas. Así mesmo quando se sintiese mala voluntad en algunos en special personas de cuenta, debe hacerse oración por ellos, y usar los medios convenientes para que se reduzgan a amistad, o a lo menos no sean contrarios; y esto no porque se teman las contradicciones y malos tratamientos, sino porque sea Dios nuestro Señor más servido y glorificado en todas cosas con la benevolencia de todos los tales” (n. 824).

Así fue como san Ignacio amó entrañablemente a sus amigos en el Señor. El cuidado y las atenciones, con sus correcciones también, que dispensaba a sus compañeros, los primeros y los que luego llegarían, eran verdaderamente entrañables. De todos se ocupaba y a todos atendía, ninguno le era extraño o ajeno, nadie se interpuso en su corazón impidiendo ver al resto. ¿Cómo fue esto posible en un corazón tan profundamente afectivo como el suyo? Solo el amor total e indiviso a Dios, del que se desprende el amor al hermano, lo hizo posible. Ese amor radical a Cristo pudo hacerle trascender las particularidades de los afectos naturales para poner el entero corazón, completamente ordenado, sin afecciones desordenadas, al servicio de la vocación y misión recibidas. Jamás cerró las puertas de la Compañía a quien Dios llamara o se contentó con unos pocos; san Ignacio buscó el crecimiento y expansión de su *mínima* Compañía a mayor gloria de Dios y salvación de las almas. E imprimió en la Compañía la ley máxima de la caridad por encima de cualquier mortificación:

“No querría que con todo lo que he escrito pensádes que yo no apruebo lo que me han hecho saber de algunas vuestras mortificaciones; que estas y otras locuras santas sé que las usaron los santos a su provecho, y son útiles para vencerse y haber más gracia, mayormente en los principios; pero a quien tiene ya más señoría sobre el amor propio, lo que tengo escrito de reducirse a la mediocridad de la discreción, tengo por lo mejor, no se apartando de la obediencia, la cual os encomiendo muy encarecidamente, junto con aquella virtud y compendio de todas las otras, que Jesucristo tanto encarece, llamando el precepto della propio suyo: Este es mi mandamiento, que os améis unos a

*Contemplativos en la acción*  
**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

otros como yo os he amado. Y no solamente entre vosotros mantengáis la unión y amor continuo, pero aun le extendáis a todos, y procuréis encender en vuestras ánimas vivos deseos de la salud del prójimo, estimando lo que cada uno vale del precio de la sangre y vida de Jesucristo que costó...” (Carta a los hermanos estudiantes del colegio de Coimbra, Roma 7 de mayo de 1547).

#### **2.4. Amor a la Iglesia: “sentire cum Ecclesia”**

La Iglesia fue para san Ignacio el cuerpo de Cristo. No pudo jamás separar la Iglesia de su cabeza y fundador Jesucristo. Entonces el amor apasionado de Cristo se concretó en su amor y servicio a la Iglesia. En la Iglesia, esposa de Cristo, vio al Señor al que servía y con el que Dios Padre le había puesto en la visión de La Storta. De aquí surgió su firme defensa de la fe y de la ortodoxia como dique frente a la herejía, su amor al Vicario de Cristo en la tierra, el dulce Cristo que dijera santa Catalina de Siena, así como su deseo de ponerse al servicio del Papa para las misiones entre “infieles” y “herejes”. Todo ello supo plasmarlo en las 18 Reglas que sobre este amor en la Iglesia militante nos dejó en Ejercicios:

“[352] Para el sentido verdadero que en la iglesia militante debemos tener, se guarden las reglas siguientes.

[353] 1ª regla. La primera: despuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y prompto para obedescer en todo a la vera sposa de Christo nuestro Señor, que es la nuestra sancta madre Iglesia hierárchica”

[354] 2ª regla. La segunda: alabar el confessar con sacerdote y el rescibir del sanctísimo sacramento una vez en el año, y mucho más en cada mes, y mucho mejor de ocho en ocho días, con las condiciones requisitas y debidas.

[355] 3ª regla. La tercera: alabar el oír missa a menudo, asimismo cantos, psalmos y largas oraciones en la iglesia y fuera della; assimismo horas ordenadas a tiempo destinado para todo officio divino y para todas oración y todas horas canónicas.

[356] 4ª regla. La quarta: alabar mucho religiones, virginidad y continencia, y no tanto el matrimonio como ningunas destas.

[357] 5ª regla. La quinta: alabar votos de religión, de obediencia, de pobreza, de castidad y de otras perfecciones de supererrogación; y es de advertir que como el voto sea cerca las cosas que se allegan a la perfección evangélica, en las cosas que se alejan della no se debe hacer voto, así como de ser mercader o ser casado, etcétera.

[358] 6ª regla. Alabar reliquias de sanctos, haciendo veneración a ellas, y oración a ellos: alabando estaciones, peregrinaciones, indulgencias, perdonanzas, cruzadas y candelas encendidas en las iglesias.

[359] 7ª regla. Alabar constituciones cerca ayunos y abstinentias, así como quaresmas, quatro témporas, vigilijs, viernes y sábado; assimismo penitencias no solamente internas, mas aun externas.

**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

[360] 8ª regla. Alabar ornamentos y edificios de iglesias; asimismo imágenes, y venerarlas según que representan.

[361] 9ª regla. Alabar, finalmente todos preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo prompto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa.

[362] 10ª regla. Debemos ser más promptos para abonar y alabar assí constitutiones, comendaciones como costumbres de nuestros mayores; porque dado que algunas no sean o no fuesen tales, hablar contra ellas, quier predicando en público, quier platicando delante del pueblo menudo, engendrarían más murmuración y escándalo que provecho; y assí se indignarían el pueblo contra sus mayores, quier temporales, quier espirituales. De manera que assí como hace daño el hablar mal en ausencia de los mayores a la gente menuda, assí puede hacer provecho hablar de las malas costumbres a las mismas personas que pueden remediarlas.

[363] 11ª regla. Alabar la doctrina positiva y escolástica; porque assí como es más propio de los doctores positivos, assí como de Sant Hierónimo, Sant Agustín y de Sant Gregorio, etc., el mover los afectos para en todo amar y servir a Dios nuestro Señor; assí es más propio de los escolásticos, assí como de Sancto Thomás, Sant Bonaventura y del Maestro de las sentencias, etc., el diffinir o declarar para nuestros tiempos de las cosas neccessarias a la salud eterna, y para más impugnar y declarar todos errores y todas falacias. Porque los doctores escolásticos, como sean más modernos, no solamente se aprovechan de la vera intelligencia de la Sagrada Scriptura y de los positivos y sanctos doctores; mas aun siendo ellos iluminados y esclarecidos de la virtud divina, se ayudan de los concilios, cánones y constitutiones de nuestra sancta madre Iglesia.

[364] 12ª regla. Debemos guardar en hacer comparaciones de los que somos vivos a los bienaventurados passados, que no poco se yerra en esto, es a saber, en decir: éste sabe más que Sant Agustín, es otro o más que Sant Francisco, es otro Sant Pablo en bondad, sanctidad, etc

[365] 13ª regla. Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárchica assí lo determina, creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo spíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Spíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra sancta madre Iglesia.

[366] 14ª regla. Dado que sea mucha verdad que ninguno se puede salvar sin ser predestinado y sin tener fe y gracia, es mucho de advertir en el modo de hablar y comunicar de todas ellas.

[367] 15ª regla. No debemos hablar mucho de la predestinación por vía de costumbre; mas si en alguna manera y algunas veces se hablare, assí se hable que el pueblo menudo no venga en error alguno, como algunas veces suele, diciendo: Si tengo de ser salvo o condenado, ya está determinado, y por mi bien hacer o mal, no puede ser ya otra cosa; y con esto entorpeciendo se descuidan en las obras que conducen a la salud y provecho spiritual de sus ánimas.

[368] 16ª regla. De la misma forma es de advertir que por mucho hablar de la fe y con mucha intensión, sin alguna distinción y declaración, no se dé ocasión al pueblo para

## Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I

que en el obrar sea torpe y perezoso, quier antes de la fe formada en caridad o quier después.

[369] 17ª regla. Assimismo no debemos hablar tan largo instando tanto en la gracia, que se engendre veneno para quitar la libertad. De manera que de la fe y gracia se puede hablar quanto sea possible mediante el auxilio divino, para maior alabanza de la su divina majestad, mas no por tal suerte ni por tales modos, mayormente en nuestros tiempos tan periculosos, que las obras y líbero arbitrio resciban detrimento alguno o por nihilo se tengan.

[370] 18ª regla. Dado que sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios nuestro Señor por puro amor, debemos mucho alabar el temor de la su divina majestad; porque no solamente el temor filial es cosa pía y santísima, más aun el temor servil, donde otra cosa mejor o más útil el hombre no alcance, ayuda mucho para salir del peccado mortal; y salido fácilmente viene al temor filial, que es todo acepto y grato a Dios nuestro Señor, por estar en uno con el amor divino.

### 2.5. Perfección y abnegación de sí mismo

Un espíritu naturalmente ambicioso inflamado en tan grandes deseos como el de san Ignacio encontró en las palabras de Cristo, “sed perfectos como vuestro padre celestial” (Mt 5, 48), un estímulo constante para la perfección. Puesto que el mandato de Cristo era universal, san Ignacio refería a todos la perfección. No sólo es que no hubiera admitido jamás en la Compañía a quien no buscara la perfección, es que hubiera expulsado de cualquiera de sus obras, incluidas las Congregaciones marianas, a quienes rehuyeran el camino de la perfección, es decir, no quisieran ser perfectos. En *la carta de la perfección a los jesuitas de Coimbra* del 7 de mayo de 1547 que, redactada por Polanco, san Ignacio firmara, se pide la aspiración a lo que sea más perfecto según el estado de cada cual, aunque para el santo la vida religiosa fuera objetivamente lo más perfecto. Y en todos la humildad como condición necesaria de perfección que debe abrirse paso entre la tibieza y el fervor indiscreto. Recojamos en este punto algunos de sus extractos más significativos en contra de la tibieza:

“Y no dudo de aquella suma Bondad suya, sumamente comunicativa de sus bienes y de aquel eterno amor con que quiere darnos nuestra perfección, mucho más que nosotros recibirla, que lo hará; que si así no fuese no nos animaría Jesucristo a lo que de sola su mano [mano podemos haber, diciendo:] Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. Así que de su parte cierto es que él está presto, con que de la nuestra haya vaso de humildad y deseo para recibir sus gracias, y con que él nos vea bien usar de los dones recibidos y rogar industriosa y diligentemente a su gracia (...) Cada uno se ponga delante para animarse, no los que son a su parecer para menos, sino los más vehementes y estrenuos. No consintáis que os hagan ventaja los hijos de este mundo en buscar con más solicitud y diligencia las cosas temporales que vosotros las eternas (...) Así que no seáis, por amor de Dios, remisos ni tibios; que, como dice, el aflojamiento quiebra el ánimo, como la tirantez el arco; y al contrario, el alma de los que trabajan se llenará de vigor y lozanía, según Salomón. Procurad entretener el fervor santo y discreto ara trabajar en el estudio así de letras como de virtudes: que con el uno y con el otro vale más un acto intenso que mil remisos; y lo que no alcanza un flojo en

## Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I

muchos años, un diligente suele alcanzar en breve tiempo (...) en los que son fervientes en el servicio de Dios. Y con razón; porque esforzándose de su parte [a] vencer a sí mismos y deshacer el amor propio, [quien] con él las raíces de las pasiones y molestias todas, y también, con alcanzar los hábitos virtuosos, vienen naturalmente a obrar conforme a ellos fácil y alegremente (...) Por el contrario, la tibieza es causa de siempre vivir con molestias, no dejando quitar la causa de ella, que es [el] amor propio, ni mereciendo el favor divino (...) haceros muy virtuosos y buenos, porque así seréis idóneos a hacer a los prójimos tales cuales sois; porque el modo que quiere Dios se guarde en las generaciones materiales, quiere proporcionalmente en las espirituales. Muéstraos la filosofía y experiencia, que en la generación de un hombre u otro animal, además de las causas generales, como son los cielos, se requiere otra causa o agente inmediato de la misma especie, porque tenga la misma forma que quiere trasfudir en otro sujeto, y así se dice que el sol y el hombre engendran al hombre. De la misma manera, para poner en otros la forma de humildad, paciencia, caridad, etc., quiere Dios que la causa inmediata que él usa como instrumento, como es el predicador o confesor, sea humilde, paciente y caritativo. En manera que, como os decía, aprovechando a vosotros mismos en toda virtud, grandemente servís a los prójimos; porque no menos, antes más apto, instrumento para conferirles gracias aparejáis en la vida buena que en la doctrina, bien que lo uno y lo otro requiere el perfecto instrumento”

En Loyola san Ignacio aprendió que el buen espíritu siempre suscitaba, alentaba y dirigía la voluntad a la consecución de cosas más perfectas y mejores, mientras el maligno, con sus tentaciones, constantemente intentaba apartar al alma del camino de la perfección y excelencia, de ese seguir adelante en el bien obrar. De atender al *principio* y *fundamento* de Ejercicios, la perfección consistirá en el cumplimiento de la voluntad de Dios a quien la criatura debe servir en plena sumisión. La secuencia es clara: el hombre creado sólo para Dios; las creaturas creadas para el hombre y para conseguir el fin de éste. Si se quiere en lenguaje del P. Rubio, “hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace”. Pero, para lograrlo, muy pronto intuyó Ignacio que el alma debiera usar de los bienes en tanto en cuanto con un corazón apasionado por Cristo y por ello mismo auténticamente indiferente. ¿Por qué razón resultaba tan difícil? San Ignacio intuyó con claridad que lo que impedía al alma avanzar en el camino de la perfección eran las afecciones desordenadas fruto y consecuencia del pecado, del original y de los personales. Esas afecciones quitan al alma la libertad de espíritu, la enfrían en el amor de Dios su Señor y la apartan del camino de la perfección, del cumplimiento de la voluntad divina. Son los asideros, a los que el P. Torres SJ tan lúcidamente se refería, de los que el mal espíritu se servirá para frenar el ascenso, son los fardos que impedirán al alma alzar “el vuelo para a la caza dar alcance”.

En la ascética ignaciana no hay solución más eficaz para luchar contra esos afectos desordenados, para ordenar el corazón y lograr la santa indiferencia, que la lucha contra el amor propio, es decir, la abnegación de uno mismo en orden a la adquisición de la virtud y la obediencia a Dios cuya voluntad al cumplirla es la que nos lleva a la perfección. De este modo, san Ignacio unía la perfección a la obediencia a Dios y la abnegación de uno mismo, frente a su juicio y amor propio. No buscaba la perfección en las gracias espirituales que recibía, sino en el ejercicio constante de las



**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

virtudes cristianas, mucho más que en las penitencias corporales. “Verdaderas virtudes y sólidas” dejó escrito en el n. 260 de las Constituciones: en eso es en lo que había que poner todo el empeño. La soberbia del enemigo de natura humana siempre tentará al hombre para acompañarle por ese camino. Contra soberbia, humildad y humillación, pues “Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes” (1 Pedro 5, 5). Esa senda de humillación contra la soberbia y el amor propio no es otra cosa que la abnegación. En la abnegación el alma sale de sí misma, deja de contemplarse para detener el movimiento desordenado de ésta hacia la soberbia y vanidad, como tampoco se detiene en los demás, frenando así todo juicio y envidia. Una vez humillada la criatura por amor a Jesucristo, obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp 2, 8), con un corazón ordenado e indiferente, responderá en fe buscando la voluntad de Dios para cumplirla. El cumplimiento de la voluntad divina es el modo que tiene la criatura de mostrarle a Dios su amor por Él, un amor no en las palabras sino en las obras. Las obras de amor van trazando el camino de perfección. Dejemos que sea san Ignacio quien nos hable de ello en las Constituciones:

“quien es muerto al mundo y al amor propio” (n. 61);

“Para mejor venir a este tal grado de perfección tan precioso en la vida spiritual, su mayor y más intenso officio debe ser buscar en el Señor nuestro su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles” (n 103);

“exercitándose en cosas spirituales y corporales, que más humildad y abnegación de todo amor sensual y voluntad y inicio propio y mayor conocimiento y amor de Dios nuestro Señor pueden causarle; para que habiéndose aprovechado en sí mismos, mejor puedan aprovechar a otros a gloria de Dios nuestro Señor” (n 516)

Sin poder olvidar que el fruto precioso de esta perfección y abnegación será una vida y muerte santa:

“Como en la vida toda, así también en la muerte, y mucho más, debe cada uno de la Compañía esforzarse y procurar que Dios nuestro Señor sea en él glorificado y servido, y los próximos edificados, a lo menos del exemplo de su paciencia y fortaleza, con fe viva, speranza y amor de los bienes eternos que nos mereció y adquirió Cristo nuestro Señor con los trabajos tan sin comparación alguna de su temporal vida y muerte. Mas porque muchas veces la enfermedad es de tal qualidad que quita en gran parte el uso de las potencias del ánima, y es aquel passo tal que por las graves impugnaciones del demonio y lo mucho que importa no ser dél vencido, requiere el socorro de la fraterna caridad; tenga grande advertencia el Superior que antes de ser privado de su juicio el que está peligroso según el Médico, tome los sanctos Sacramentos todos, y se fortalezca para el tránsito de la temporal vida a la eterna con las armas que nos concede la divina liberalidad de Cristo nuestro Señor” (*Constituciones*, n.595);

“Así mesmo debe ser ayudado con oraciones de todos los de Casas muy especiales, hasta que haya dado el ánima a su Criador. Y sin los otros que podrán entrar a ver morir el enfermo en más o menos número, como al Superior pareciere, deben ser deputados algunos specialmente que le acompañen [A], animándole y dándole los

*Contemplativos en la acción*  
**Tema 2. La mayor gloria de Dios (AMDG) I**

recuerdos y ayudas que convienen en aquel punto. Y quando en lo demás no podrá ser ayudado, encomendándole a Dios nuestro Señor, hasta que resciba su ánima apartada del cuerpo el que la redimió con tan caro precio de su sangre y vida” (*Constituciones*, n. 596)

**CUESTIONES**

**Generales para todos los equipos**

- (1) ¿Qué entendió San Ignacio como la gloria de Dios? (Punto 2.1. “A mayor gloria de Dios”)
- (2) Define el coraje de San Ignacio, ¿de dónde le vino ese espíritu audaz? (Punto 2.2. “Amor a Cristo”)
- (3) ¿Queremos ser perfectos? ¿Por qué? ¿Cómo entendemos la perfección? ¿Qué medios tenemos para ello? ¿Era *perfecta* la Virgen María? (Punto 2.5: “Perfección y abnegación de sí”)

**Particulares según Congregación**

Fructuosos:

- (4) Define las notas que debiera tener la verdadera amistad entre congregantes y si nuestra Congregación de Fructuosos, y nuestro equipo, se ajusta o no a ellas. Los congregantes marianos ¿son amigos de la Virgen María? (Punto 2.3. “Amistad en Cristo”)
- (5) ¿Amamos a la Iglesia? ¿Al Santo Padre? Elementos del auténtico amor. ¿Qué nos diría la Virgen María en el momento actual de la Iglesia? (Punto 2.4. “Amor la Iglesia”)

Canisios:

- (4) ¿Amistad en nuestra Congregación, en nuestro equipo? ¿Por qué? ¿Somos amigos de la Virgen María? (Punto 2.3. “Amistad en Cristo”)
- (5) ¿Amamos a la Iglesia? ¿Al Santo Padre? ¿Los defendemos en nuestro ambiente? Elementos del auténtico amor. ¿Qué nos diría la Virgen María en el momento actual de la Iglesia? (Punto 2.4. “Amor la Iglesia”)

Berchmans:

- (4) ¿Amistad en nuestra Congregación? ¿Amigos o colegas? ¿Amigos de la Virgen María? ¿Tienes relación de amistad con Cristo y con la Virgen? ¿Cómo? (Punto 2.3. “Amistad en Cristo”)
- (5) ¿Amamos a la Iglesia? ¿La defendemos si es atacada? ¿Cómo? (Punto 2.4. “Amor la Iglesia”)

**UN OBJETIVO CONCRETO (INDIVIDUAL Y COMO EQUIPO) PARA ESTE MES**